

Reflexión sobre un libro perdido

A George Washington, líder de la independencia de Estados Unidos y su primer presidente -quien, pese a estas titulaciones, prefería trabajar en su huerto de Mount Vermon-, le prestó un libro la Biblioteca de la Sociedad de New York, el 5 de octubre de 1789, que no devolvió y acaba de ser reintegrado, por la Biblioteca de Mount Vermon, tras doscientos veintiún años de extravío.

El libro *The laws of nations* del autor suizo Emer de Vattel, filósofo que analiza en su obra, entre otras cosas, el Derecho Natural y su aplicación, la conducta de los Estados, la naturaleza de un buen Gobierno, el derecho del pueblo a segregarse. Cuestiones que le interesaban a Washington, que encabezó la lucha por la independencia de las 13 colonias inglesas, instaladas en la costa Este de lo que hoy es Estados Unidos. No sé si por ese tiempo, Bolívar, Artigas o San Martín, en la América Latina, lo tuvieron en sus manos, todavía no revolucionarias, aunque lo doy por positivo, ya que bebían en las fuentes de la Ilustración europea, y Bolívar, en sus campañas libertadoras de 1810 a 1821, cargaba su biblioteca personal consigo.

El libro de Vattel puede ser actual pese a lo mucho que la humanidad haya avanzado en esos terrenos, pero quizá más que el contenido del libro en sí, es curioso que haya saltado como novedad en los periódicos y en Internet. Lo leo en este periódico en ¡Qué mundo! y en el espacio OutLine Library of Liberty. Uno de los decálogos del bibliotecario es hacer privado el préstamo del libro. Y ambas bibliotecas prefirieron guardar silencio sobre el pecado de Washington, que rompió el compromiso adquirido por todo lector de devolver el libro prestado, pues se trata de un bien común. Pero lo mantenían en sus ficheros como una deuda de honor, finalmente reparada, y Vattel surge de su silencio, y nos habla desde su secuestro.

Pues que haya sido objeto de lectura de un hombre señalado, formado parte de su pensamiento, le confiere una grandeza tanto a él como autor, como al hombre que debió de empuñar la espada para defender el propósito de los ciudadanos de obtener su libertad, pero manejando conceptos, deliberando teorías, buceando en fuentes bibliográficas propicias.

Y habla también de un sistema bibliotecario organizado, que acompaña al movimiento libertario desde sus inicios. Por ese tiempo, las bibliotecas en Europa eran reales. Sólo cambió el concepto, volviéndolas nacionales, el aliento de la Revolución francesa. En España, por mucho más tiempo, imperó la Inquisición, es decir, la censura.

Medito en ese libro que no fue entregado a tiempo, sino doscientos veintiún años tras la Independencia que ayudó a forjar, y en las palabras de Angela Merkel que aprieta los clavos económicos de la Alemania Federal con medidas drásticas en impuestos y gasto militar, pero deja intactos los presupuestos de Cultura y Educación: resultan, lo proclama fría y certeramente, la inversión del mañana.

No es así como estamos resolviendo nuestros conflictos. La más rica joya de nuestra cultura, que es el euskara y de lo que él deriva, se queda en presupuestos, en el cajón de los recortes. En el olvido pasivo.

Importa más despersonalizar a Navarra y cuanto de riqueza autóctona de ella se deriva, la principal, la conservación de un idioma único en Europa, que le es propio, y que podría propiciar el interés académico de universidades prestigiosas e investigadores afanados, con instituciones válidas que fomenten el estudio de lo propio desde basamentos sólidos y serios, que la puesta en escena de una Administración que gasta impunemente su peculio, es decir, el nuestro, en construcciones faraónicas, en plena crisis de economía mundial.

Sigue funcionando para algunos la política del pan y circo romanos, pero lo que hay que advertir es que Roma, finalmente, pereció en el espectáculo desgraciado de su propio circo. Hoy nos falta pan y nos sobra circo.

No sé qué hubiera dicho Vattel de estos sucesos lamentables, pero un hombre ilustrado como él, vaticinador y promotor de los cambios políticos que han sacudido al mundo de la Europa Occidental desde el siglo XVIII, lamentaría el ceremonial infausto de trastocar la rica cultura de un pueblo devenida desde la prehistoria, un pueblo que supo hacer un reino y mantenerlo mil años, adherido a sus esencias vasconas, por pistas de carreras y museos de corridas de toros.